

Colección Isabelina



© LOS MOLINOS ©
DE
LEVANTE



Deposito

6555885




Bl. Coma
1/20

Colección Isabelina

Collection Pastoral

Los Molinos de Levante

~ y otras narraciones ~



Escritas por

Julia de Asensi



Librería de Perelló y Vergés, Editores

*Caspe, 32 * Barcelona * Año 1915*

Con censura eclesiástica

Es propiedad de los Editores



Tip. Perelló y Vergés-Caspe, 32-Barcelona



Los molinos de Levante

Nadie comprendía en aquel pueblo español porqué el viejo holandés había tenido el capricho de irse a vivir allí, abandonando su hermosa tierra, a la que parecía querer mucho y a la que recordaba a cada instante. La cosa era, sin embargo, sencilla: sus dos hijos se habían casado con una murciana el uno y con una alicantina el otro, tenían los dos jóvenes que velar por los intereses de sus esposas allí y el padre no quería separarse de ellos.

Cuando empieza este cuento, el menor de los hijos había muerto a causa de una rápida y traidora enfermedad, dejando un niño, Enrique, y una niña, Consuelo.

El buen holandés, que se llamaba José Pedro, quería a sus nietos con ternura y se había lle-

vado a vivir con él a su nuera y a los niños. Esto no había sido del agrado del hijo mayor del anciano y de su esposa, que se valían de todos los medios para halagarle y lograr que las preferencias de éste fueran para un chiquillo que ellos tenían, que se llamaba como su abuelo, del que era ahijado y al que nombraban Pepito.

El viejo no estaba mal de intereses; tenía como base de su fortuna, varios molinos que había hecho a estilo de su país, dos de viento al Este de la población y dos en la parte opuesta, arroceros éstos y harineros aquéllos. Los primeros le producían mucho; los segundos no eran tan buenos y había en el país otros que les hacían la competencia. El hijo ayudaba a José Pedro en todos sus trabajos y la nuera casada, aunque no vivía con él, desatendía sus deberes domésticos para pasar muchas horas del día en casa de su suegro, llevando siempre consigo a Pepito.

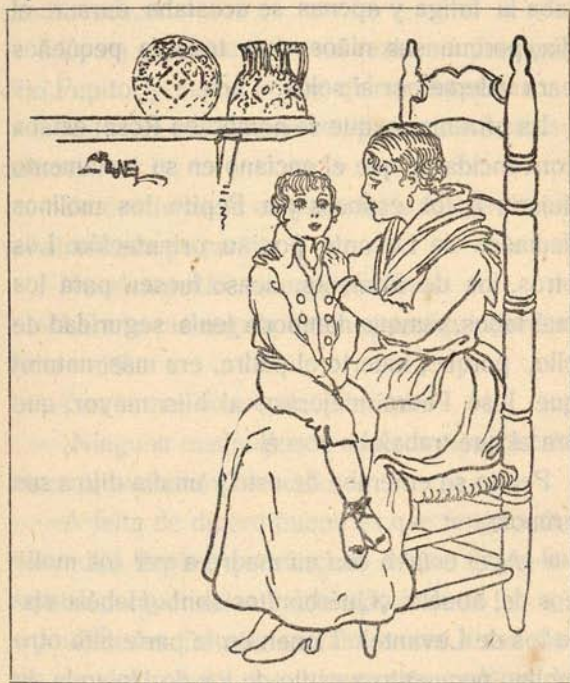
—Amor mío, le decía a éste, hay que ser muy cariñoso con el abuelito, no molestarle nunca, darle todos los gustos.

Y el chiquillo se hacía cargo de esto y abrumaba a su padrino de caricias.

Enrique y Consuelo tenían el carácter como su madre, eran un poco adustos, no porque sus

corazones no sintieran cariño hacia el anciano, sino porque no lo sabían demostrar.

Cuando el holandés estaba enfermo, que por su edad tenía algunos achaques, la madre de



Pepito se desvivía por darle las medicinas y acompañarle, pero al llegar la noche, con pretexto de que ella no residía allí y no podía dejar al niño solo, se marchaba a su casa, en la que

dormía toda la noche y partía de nuevo por la mañana, dejando a una criada que se ocupase de sus quehaceres.

En cambio Amparo, la viuda del otro hijo, velaba sin descanso; en su cara seria no se notaba la fatiga y apenas se acostaba durante el día, porque sus niños eran todavía pequeños para valerse por sí solos.

La otra nuera, que se nombraba Rosa, estaba convencida de que el anciano en su testamento dejaría a los esposos y a Pepito los molinos llamados de Levante por su orientación. Los otros, los de Poniente, acaso fuesen para los huérfanos, aunque tampoco tenía seguridad de ello, porque, muerto el padre, era más natural que José Pedro mejorase al hijo mayor, que era el que trabajaba con él.

Pepito se enteraba de esto y un día dijo a sus primos:

—Ayer estuve con mi madre a ver los molinos del abuelo, ¡Qué bonitos son! ¿Habéis visto los de Levante? Tienen en la parte alta otro molino pequeñito a estilo de los de Holanda, la tierra de mi padrino. Esos molinos van a ser para mí.

—Tardará en realizarse eso, porque el abuelo puede vivir muchos años, replicó Enrique.

—Yo pido todos los días por su salud, añadió

Consuelo. Nuestra madre nos ha enseñado a hacerlo así. Lo primero que rezamos es por nuestro padre muerto; después por la salud del abuelito y por la de nuestra madre y por último porque Dios y la Virgen hagan que seamos siempre buenos.

—Yo en cuanto empiezo a rezar me duermo, dijo Pepito, y mamá no me quiere despertar.

—Nosotros rezamos de rodillas antes de acostarnos.

—Yo dentro de la cama, echada la cabeza en mi almohada pequeñita.

—Nuestra madre es muy piadosa.

—La mía me regala mucho; será porque me quiere más.

—Eso sí que no, replicó Enrique.

—¡Ninguna madre puede querer más que la nuestra! exclamó Consuelo.

—A falta de dinero bueno es que tengáis cariño, dijo Pepito que muchas de las cosas las repetía porque se las había oído a Rosa.

José Pedro llevaba muchas veces a sus nietos de paseo para que viesen sus molinos, lo que a los niños les divertía mucho. Pepito no se recataba de decir que los de Levante serían algún día para él.

—¿No es verdad que sí, padrino? le preguntaba con la candidez propia de sus pocos años.

—¡Quién sabe! contestaba invariablemente el anciano.

Y solía quedarse un rato meditabundo. Casi siempre le sacaban de su preocupación Enrique y Consuelo, interrogándole acerca de algo referente a los molinos, a lo que el holandés les respondía con complacencia.

Bien sabía el buen viejo a qué atenerse respecto al cariño y a la consideración que inspiraba a toda su familia, pero no lo demostraba jamás. Si tenía alguna preferencia estaba tan oculta que ni el mejor observador hubiese podido conocerla.

Pasaron los años, que el viejo resistió bastante bien, con gran contento de Amparo y de sus hijos.

En cambio Rosa veía con pena y temor que su suegro tardaba mucho en dejarles la herencia. Como ella y su marido eran muy gastadores, casi siempre acababan el año con alguna deuda, cuidando de que José Pedro no se enterase porque él era muy arreglado y constantemente les aconsejaba que ahorrasen lo que pudiesen para que al llegar el 1.º de enero hubiese dinero sobrante en la casa.

Ni Rosa ni su esposo habían podido averiguar si el anciano había hecho testamento.

Desde que Enrique cumplió los catorce años

el abuelo le hizo ir a los molinos de Levante para trabajar, lo que el muchacho hacía con el mayor gusto.

—Si nos hace falta el chico el día de mañana, le daremos un pequeño jornal para que se quede en nuestros molinos, pensaba Rosa; siempre habrá que pagarle menos que a otro cualquiera.

Pero he aquí que a consecuencia de una caída del caballo, el holandés se puso gravemente enfermo y el médico declaró que no respondía de salvar su vida.

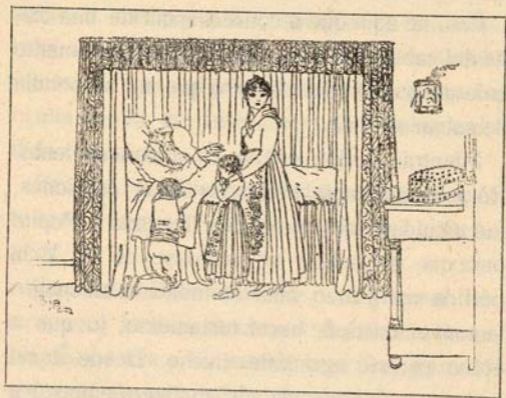
Mientras el viejo estuvo en su conocimiento, Rosa, como había hecho en otras ocasiones, fué a cuidarle durante el día, llevando a Pepito para que el padrino se acordase de él. Y la pérfida nuera tuvo valor de indicar a su suegro la conveniencia de hacer testamento, lo que a él no pareció agradarle mucho. Desde aquel instante la inteligencia del molinero empezó a flaquear, no parecía conocer a nadie ni dirigía la palabra a su familia.

Entonces Rosa y su niño dejaron de ir a la casa, asegurando que les daba mucha pena verle en aquel estado. El hijo mayor del holandés, muy ocupado siempre en sus asuntos, apenas visitaba a su padre media hora diaria.

Amparo, Enrique y Consuelo eran los cons-

tantes enfermeros del anciano, al que prodigaban sus cuidados y su cariño.

Ya había el anciano confesado y comulgado cuando no se hallaba en aquel periodo de gravedad, y sólo faltaba administrarle la Extremaunción. Después de recibido este Sacramento, José Pedro pareció revivir y con voz débil indi-



có a Amparo un cofrecillo que tenía encima de una mesa. Le dijo que cogiera una llavecita que en un cordón llevaba colgada al cuello y que lo abriese. Obedeció su nuera y sacó un sobre en el que se leía: «Mi testamento.» Y el viejo mandó que lo guardase. Luego la bendijo, así como a sus nietos, y se quedó dormido. Pasó

del sueño a la muerte sin sufrimientos ni agonía.

Amparo y sus hijos, sollozando rezaron por él.

Mandó recado a sus cuñados, que se presentaron en seguida, él amortajó a su padre y ella registró todos los muebles para enterarse de lo que había en su interior. Naturalmente, no encontró nada de interés.

Pocos días después de verificado el entierro, en presencia del notario y varios testigos, se abrió el testamento. En él dejaba José Pedro por heredero de los dos molinos arroceros a su hijo mayor y de los de Levante a sus nietos Enrique y Consuelo. Encargaba que se dijeran algunas misas por el eterno descanso de su alma y legaba mandas más o menos considerables a sus nueras y a los hombres que trabajaban en los molinos. A Pepito, por toda distinción, su reloj de acero, que no marchaba muy bien.

Rosa, su marido y su hijo quedaron descontentos. Ella pensó que acaso si hubiese acompañado más a su suegro en los últimos días la herencia del ahijado hubiera sido la mejor, pero supo que el testamento estaba hecho desde algunos años antes, precisamente la época en que iba ella con su niño a asistir al anciano por el día cuando estuvo enfermo la otra vez. A pesar de su fingida ternura no había logrado engañarle.

El viejo holandés sólo había creído en el cariño desinteresado de Amparo y de sus hijos, más fríos con él en apariencia, pero más amantes de corazón. Conocía perfectamente el interior de todos, aunque jamás lo hubiese demostrado.

El marido de Rosa vendió mal los molinos arroceros y se marchó a otra tierra, donde no hizo fortuna. En cambio los de Levante produjeron más cada día a Amparo y a sus hijos, sin duda porque desde el cielo los bendecía el bondadoso José Pedro.





Juanillo

Una docena de muchachos jugaba una hermosa mañana de abril a *justicias y ladrones* en un campo cercano a un pueblo de alguna importancia de Andalucía.

Los niños pertenecían a la clase pobre y casi todos llevaban las ropas remendadas y usaban alpargatas estropeadas por el uso.

Aunque iban algún día que otro a la escuela, cada vez que hacían *novillos*, que era con bastante frecuencia, se dirigían al citado campo, donde pasaban sin sentir las horas dedicadas a su diversión predilecta. Casi siempre era la justicia la que triunfaba y prendía a los ladrones, que eran encerrados en la cárcel.

Aquel día, tan engolfados se hallaban en su

juego, que no vieron llegar a un hombre alto, fornido, de cabellos negros, cortados al rape, mirada inteligente, pero que carecía en absoluto de bondad, y tez curtida. Llevaba buena ropa y un sombrero de anchas alas de fieltro gris.

—¡Juanillo! llamó con voz fuerte e irritada.

Uno de los niños, que tendría diez años a lo sumo, se estremeció al oírse nombrar y se acercó despacio, temeroso a un castigo que no creía inmerecido, al recién llegado.

—Sígueme, le dijo el hombre.

El chico obedeció sin replicar y se despidió con los ojos de sus compañeros, sintiendo ver interrumpido tan bruscamente su juego. Era sobrino de aquel hombre y vivía con él y con su tía, hermanos ambos de su padre, fallecido hacía próximamente tres años. A su madre no la había conocido, por ser muy pequeño cuando la perdió.

Eran sus parientes personas muy extrañas, no trataban a nadie, y sólo sabía que él se llamaba Alonso y ella Fermina. Ignoraba los apellidos, que tampoco se había cuidado de averiguar. Vivían en una casa de piedra situada en lo alto del monte. La mujer estaba casi siempre embriagada y el niño no sabía cómo ni en qué ganaba el hombre el dinero que llevaba, que era a veces considerable y que enterraba bajo una

losa de la alcoba en la que él y su tío dormían sobre montones de paja. Lo mismo era la cama de la mujer que ocupaba un rincón de la cocina.

Alonso y Juanillo se detuvieron en una plazuela, completamente solitaria a aquellas horas.

—¿A qué jugabais? preguntó el primero.



—A *justicias y ladrones*, contestó el segundo, con timidez.

—¿Y tú, qué eras?

—Yo, ladrón.

—Muy bien; en lo sucesivo eso no será un juego para ti sino la realidad. Ya tienes bastan-

tes años para ayudarnos a ganar dinero. Tu padre se dedicaba, como yo, al robo, y tienes que ser un hijo digno de él.

—Robar es un pecado, replicó el niño.

—Ya no irás más al colegio, prosiguió el hombre; hasta hoy te he mandado, porque me estorbabas en casa, pero ahora necesito de ti. Si cuentas a alguien lo que hacemos te costará la vida. Ya lo sabes, te mataré sin remordimiento ninguno, como a todo el que me estorba. Un compañero mío te enseñará a robar carteras y luego yo te explicaré lo que quiero de ti.

Juanillo se quedó consternado; era un niño bueno, incapaz de hacer daño a nadie y le repugnaba el papel que en lo sucesivo había de representar. Pero con su tío no había quien replicase. Le siguió a su casa donde encontró a la hermana durmiendo en el suelo con una botella vacía a su lado.

Lo que más le había aterrado era saber que era hijo de un ladrón. ¿Sería eso cierto? Sí.

Recordaba la vida misteriosa del que le había dado el sér, sus frecuentes ausencias, el hambre que habían pasado algunas veces, sin duda, cuando no había ningún buen golpe que dar, la abundancia que reinaba allí en otras ocasiones en que se comía opíparamente y se consumían los mejores vinos.

Y él, Juanillo, era de aquella familia, ¡qué horror! ¡a qué vida quería condenarle Alonso!

Empezó su aprendizaje al día siguiente. Era torpe para lo que se pretendía de él y fingía serlo más a fin de retrasar en lo posible aquella triste existencia. Sufrió castigos y golpes resignado, pensando en que aquello no duraría siempre, en que se cansarían de él y le echarían de su casa. Si algún día lograra verse solo procuraría ganarse la vida honradamente.

No había llegado a robar aún nada cuando le dijo su tío:

—¿Conoces la casa y la huerta de la llamada doña Dolores?

—Sí, señor, contestó el chico, hemos jugado muchas veces por allí y hemos cogido fruta de sus árboles para comerla.

—¿Sabes que esa señora es rica?

—Sí, señor, muy rica.

—Es preciso que te introduzcas en su vivienda, que averigües dónde tiene el dinero, lo cojas si puedes, o nos adviertas dónde está, para que mis compañeros y yo lo robemos. ¿Has oído?

—Sí, señor.

—Pues, manos a la obra.

—¿Y cómo podré entrar allí? preguntó Juanillo.

—Ahora lo verás. Sígueme.

Cruzaron un bosque, luego fueron por un terreno accidentado y al llegar cerca de un barranco, Alonso empujó al chico que iba delante de él, haciéndole rodar hacia el abismo. El tío se aproximó al niño, que lanzaba gritos de dolor y de espanto, antes de que llegara al fondo, y le cogió en sus brazos.

—¿Te has hecho mucho daño? le preguntó.

—Mucho, mucho, gimió el chiquillo.

—Bueno, eso no será nada, no hay porque asustarse. Al pie de la tapia del jardín de doña Dolores gritarás para que te oiga y raro será que no te haga entrar en sus habitaciones. Le dices que te has caído por casualidad. Ella no te dejará partir en ese estado, te cuidará y te mimará mucho y, como no desconfiará de ti, no te será imposible saber donde guarda el dinero que necesitamos para nosotros. Siempre habrá alguno de la banda rondando por allí para entrar en un momento dado.

Llegaron cerca de la casa, que era un lindo edificio, rodeado de jardín y huerta, y cuando Alonso se hubo cerciorado de que nadie le veía, dejó al niño lo más cerca posible de la verja y se separó de él después de recomendarle que gritara mucho. No fué difícil a Juanillo complacerle; sentía vivos dolores y temía morir sin auxilio de nadie.

Poco tardó en ser oído. La dueña de la casa abrió la puerta y salió al campo seguida de uno de sus criados. Al ver al pobre niño mandó al sirviente que le llevase a su morada. Así se hizo. Luego le echaron en una cama y le atendieron con cariño, procurando aliviarle de sus dolores. Por fortuna no estaba herido, pero tenía el cuerpo lleno de contusiones.

—¿Cómo te llamas? le preguntó la señora.

—Juanillo.

—¿Qué te ha pasado?

—He rodado por el barranco que hay no lejos de aquí.

—¿Irás a coger acerolas?

—No sabía siquiera que las hubiese.

—Me parece que no me eres desconocido, dijo ella. ¿No eres tú uno de los chiquillos que entraban en la huerta?

—Sí, señora, sí, interrumpió el criado, a coger la fruta de los árboles.

—Perdón, murmuró Juanillo, no lo haré más. Mis amigos me decían que eso no era pecado, yo era muy pequeñito entonces. Luego he comprendido que aquello no estaba bien y no he vuelto.

—Perfectamente, te creo y espero que seguirás por tan buen camino.

Pasó el niño la noche en aquella habitación

con tranquilidad. Se veía en una cama por primera vez. Doña Dolores hizo que el criado se quedase cerca de él y apenas fué de día entró en la alcoba para enterarse del estado del niño.

Este se puso pronto bueno y la dueña de la casa le dijo un día que le hizo subir a su propio gabinete, que en breve podría salir de allí.

—Tus padres estarán con cuidado al no verte volver en tantos días, añadió.

—No tengo padres, murmuró Juanillo.

—¿Pues, con quién vives?

El contestó suspirando:

—Con mi tía y mi tío.

—¿En qué se ocupan?

—No sé, señora.

Y se ruborizó al responder.

—Habrá que averiguarlo.

Llamó al criado y le dijo:

—Miguel, es preciso que preguntes por ahí quiénes son los parientes de este niño; le estarán buscando seguramente. Te daré dinero por si hubiera que socorrerles en algo.

Había en aquel gabinete un mueble antiguo al que se aproximó la señora, cogió una llave que eligió entre varias que sacó de un bolsillo y, después de abrirlo, entregó al criado algunas monedas. El pobre chico vió brillar en aquel cajón el oro y la plata ¡lo que codiciaba su tío!

¡Qué terror le entró al pensar que poseía aquel secreto!

Saldría de la casa donde le habían cuidado y atendido, se despediría antes de aquella mujer bendita, a la que quería y veneraba ya, para venderla, para hacer que la robaran, que la matasen quizá. No, Juanillo no se sentía capaz de hacer eso, antes morir que faltar a la gratitud.

No se enteró de lo que el criado dijo a la señora cuando volvió de cumplir su encargo. Tuvieron cuidado de hablar a solas, y para alejarle le mandaron a la huerta.

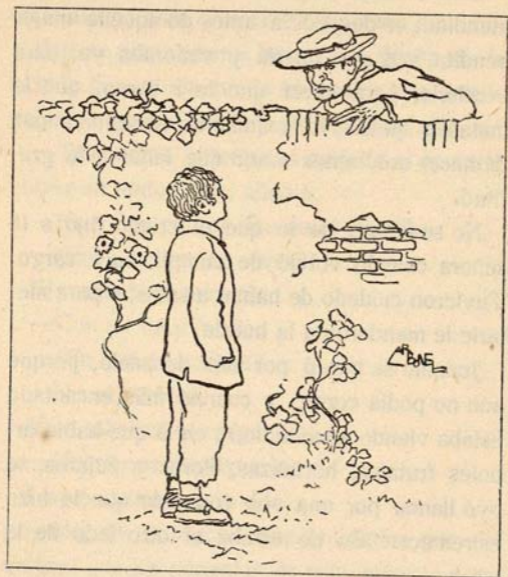
Juanillo se paseó por ella despacio, porque aún no podía correr, y cuando más encantado estaba viendo aquella tierra en la que había árboles frutales, hortalizas, flores y pájaros, se oyó llamar por una voz conocida que le hizo estremecer. Su tío estaba al otro lado de la tapia.

—¿Sabes algo de lo que te encargué? le preguntó.

—Nada, señor, nada, respondió el niño.

—Faltas a la verdad, te lo conozco en la cara, no sabes mentir. Oyeme bien. Esta noche vendremos dos de mis compañeros y yo para hacer el negocio. Ataremos a los de la casa o haremos algo más si se resisten o gritan, y una

vez cogido el botín nos alejaremos llevándote con nosotros para que no se te interrogue. La



finca está aislada y nadie vendrá a socorrerles. Conque prepárate a ayudarnos.

Alonso se alejó. Juanillo no pudo contener sus lágrimas. No sabía qué hacer. Vender a su tío le repugnaba y faltar a doña Dolores era imposible; su corazón se sublevaba ante esta idea.

Se dirigió lentamente hacia la casa. Encontró a la dueña de ella en su habitación. Fijó los ojos el niño en el mueble antiguo y se acercó a la señora en ademán suplicante, diciéndole :

—Por Dios, saque el dinero de ahí, escóndalo y que cierren bien todas las puertas y ventanas. Que Miguel vele esta noche, y...

—Así se hará, pequeño, le interrumpió doña Dolores, duerme tranquilo.

Y alegre, sonriente, le besó.

No extrañó aquello a Juanillo al pronto, pero luego, cuando le mandaron acostar en una pieza del piso alto, que no era donde él solía dormir, desvelado, nervioso, más que nada porque oyó que alguien echaba la llave a la puerta, se preguntó:

—¿Sabrá algo doña Dolores? me alegraría, así pondría remedio... Pero a mi tío, si están enterados de algo le meterán preso y acaso le matarán porque él debe de haber causado mucho daño durante su vida. Quisiera salir, advertirle que se marchara, pero estoy encerrado.

No durmió en toda la noche, prestó atento oído, nada, no percibió ni voz ni sonido ninguno.

A la mañana siguiente abrieron la puerta de la alcoba y entró doña Dolores.

—¿Qué ha pasado? preguntó Juanillo.

—Supongo que no habrás sentido ni voces, ni tiros, dijo la señora.

—No, pero ha sucedido algo.

—Baja a desayunarte. Desde ahora te quedas a vivir conmigo para siempre; te serviré de madre y tú me darás las alegrías y los consuelos de un buen hijo.

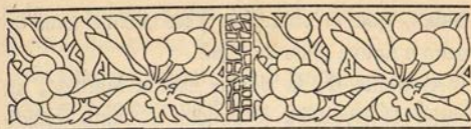
Más tarde supo el niño que el criado oculto en la huerta, echado en el suelo detrás de un arbusto para que no le vieran, había oído la conversación con su tío, que había denunciado al bandido y que éste y sus compañeros habían sido presos cuando se dirigían hacia la casa, después de una desesperada lucha. Los ladrones y asesinos fueron condenados a cadena perpetua y no a muerte porque algunos de sus crímenes no se pudieron probar. A Fermina la encontraron en su casa en tal estado de embriaguez que murió sin enterarse de la suerte que iban a correr los bandoleros.

Aunque se desenterró el dinero oculto bajo una losa en la morada de Alonso, el sobrino de éste no cobró nada de él, siendo restituído a las personas que tenían derecho a esas monedas y lograron probarlo.

Juanillo, con la conciencia tranquila porque él no había denunciado a nadie, sin temor de que

le obligaran a ser malo cuando había nacido bueno, fué el niño mimado de doña Dolores, a la que llamó madre, y de todos los servidores que le rodeaban.





La caja de música

Los que habían conocido a Marcelo algunos años antes, cuando iba de pueblo en pueblo vendiendo juguetes cuyo precio variaba entre diez céntimos y real y medio, no hubiesen podido creer que fuera el dueño de aquella hermosa tienda situada en el mejor barrio de una ciudad muy importante.

La base de su fortuna había sido su trabajo, un trabajo asiduo sin desfallecimiento ni temores; después le había tocado un buen premio a la lotería. Este dinero inesperado le llenó de júbilo y fué feliz y vivió lleno de esperanzas e ilusiones. Inventó y construyó algunos juguetes que obtuvieron un éxito extraordinario y que vendió a buen precio.

Se casó y de este matrimonio nació una niña,

Isabel, que al comenzar este cuento tenía de ocho a nueve años de edad.

Al frente de la tienda estaba Marcelo, su mujer le ayudaba a vender y como criado había un niño hijo de un antiguo amigo suyo que se llamaba Vicente, como su padre.

La tienda, naturalmente, era de juguetes y de quincalla; pero en vez de los muñecos tocando el tambor, el ratón perseguido por el gato, que no logra alcanzarlo nunca, los perros parecidos a ovejas y las ovejas semejantes a lobos que el buen hombre tenía en otro tiempo, había allí la colección más preciosa de muñecas que hubiera podido soñar cualquier niña, soldados, cocinas, juegos de café, caballos, cochecitos, etc., que eran el encanto de los pequeños de la localidad aquella. Vicente se quedaba extasiado ante tantas maravillas como pasaban por sus manos y que tocaba con verdadero respeto. Él no tenía juguetes y no codiciaba aquéllos, contentándose con admirarlos como admiraba el sol, la luna y las estrellas que no estaban a su alcance.

Era el encargado de llevar los juguetes a casa de las personas que los compraban y solía venderlos cuando el ama y el amo no podían atender a las muchas personas que estaban en la tienda. El muchacho sabía los precios de

todo y se interesaba por Marcelo y su mujer como si fuesen sus padres.

En cuanto a Isabel, no era tan buena como el niño, ni veía con paciencia que sólo le dieran para jugar los muñecos que llegaban rotos o estropeados.

Tenía toda una colección de inválidos, los unos sin una pierna, los otros sin manos o sin pies, algunos sin cabeza.

—¿Cómo, se decía, siendo rica mi familia, no me da ningún juguete nuevo?

Y olvidaba que al principio lo había hecho su madre, pero que a los cinco minutos, por su fatal deseo de saber lo que alguna muñeca tenía dentro, la había hecho pedazos. Si balaba una oveja moviendo la cabeza, si andaba algún muñeco, si bailaba un perro, Isabel, que era muy curiosa, necesitaba averiguar por qué sucedía así, qué motivaba esas habilidades.

No bajaba casi nunca a la tienda, donde no hubiese hecho más que enredar, pero oía decir cómo eran los juguetes que se habían recibido y que más llamaban la atención.

Dormía en una alcoba pequeña al lado de la de sus padres. En cuanto a Vicente, ocupaba una pieza del piso bajo contigua a la tienda, quedando ésta bien cerrada durante la noche.

En una ocasión, Isabel, que no tenía miedo a

nada a pesar de ser una niña, pensó bajar a ver los juguetes después que sus padres y el muchacho se hubiesen acostado, ya que no le daban permiso para mirarlos durante el día a su gusto. Esperó a que todo estuviera en silencio, cerró muy despacio la puerta que comunicaba con la otra alcoba y llegó a obscuras hasta el comedor, donde estaba la escalera interior por la que se bajaba a la tienda. Allí encendió una bujía y siguió andando sin el menor contratiempo hasta donde se había propuesto llegar.

¡Qué precioso espectáculo para ella el de aquellos juguetes!

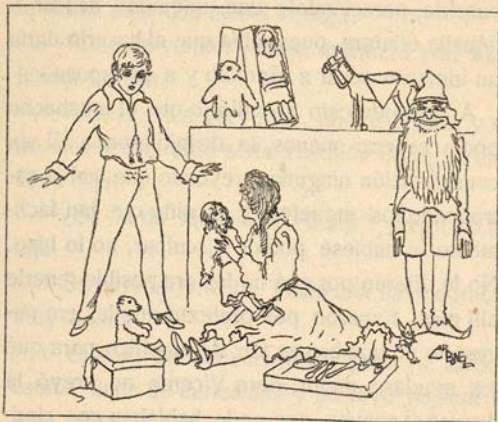
Todos los que estaban al alcance de sus manos los tocó, los revolvió; dió cuerda a los unos, sacó de las cestitas los platos, las tazas y los demás objetos que había en ellas; despeinó, queriendo peinarlas, a algunas muñecas, y tan absorta se hallaba que no vió a Vicente, que se había levantado al oír que andaban en la tienda, y que en nada estuvo que no tocase un timbre que comunicaba con el cuarto de su amo, como era su deber hacerlo en caso de alarma.

Sólo se enteró ella de la presencia del niño cuando éste le habló.

—¡Isabel! exclamó el muchacho, ¿sabes tú lo que estás haciendo?

La niña le miró con alguna sorpresa y le dijo después con la mayor tranquilidad:

—¿Quieres alcanzarme esa muñeca vestida de novia, que está muy alta para mí?



—No, contestó sin vacilar Vicente, y si no dejas todo eso y te marchas al instante, llamo a tus padres para que te vean aquí y te castiguen.

—¡Qué tonto eres! murmuró ella. Déjame jugar un poco y luego me marcharé.

—No, te irás ahora mismo.

Isabel dirigió al chico una mirada de supremo desdén y se alejó de allí muy disgustada.

Vicente procuró arreglar lo que la niña había estropeado, pero vió muchos objetos rotos entre los que había tenido en sus manos. Consideraba imposible ocultar a sus amos lo que su hija había hecho, y, sin embargo, se propuso no descubrirla, pareciéndole una iniquidad acusar a aquella criatura, pues sabía que al hacerlo daría un inmenso pesar a Marcelo y a su esposa.

A causa de esto sucedió lo que el muchacho podía esperar menos, le despidieron a él sin consideración ninguna, creyendo que había estropeado los juguetes. Y el niño que tan fácilmente se hubiese podido disculpar, no lo hizo. No le dijeron por qué no les era posible tenerle allí más, tomaron por pretexto que les era necesario un hombre en vez de un chico para que les ayudase mejor, pero Vicente no creyó la excusa y supuso que no le hablaban con claridad por el afecto que les unía a su padre, al que no querían disgustar. Y el pobre muchacho que era inocente, se marchó resignado por no perjudicar a Isabel.

Esta no se atrevió a despedirse de él y se encerró en su cuarto cuando se marchó el niño.

El nuevo dependiente era un hombre serio y formal. No dormía en la casa, así es que la tienda quedaba por las noches completamente sola; pero Isabel no se atrevía a bajar a ella.

Un día vió que habían llevado muchos cajones y oyó decir a su padre a la hora de comer:

—Las cajas de música han llegado perfectamente. Hay una con doce piezas que es una maravilla. Uno de estos días voy a hacer que la suban para que Isabel la oiga.

—Si no la vendes antes, murmuró con mal humor la niña.

—Pienso encargarme otras, dijo Marcelo, y si no vieses ésta todo sería cuestión de aguardar unos días.

—¿Se le da fácilmente cuerda? preguntó la hija.

—Sí, muy fácilmente. Tiene una llave dorada muy bonita.

Y cambió de conversación; pero ya Isabel estaba llena de curiosidad y no tuvo paciencia para esperar a que su padre hiciese subir la caja de música.

Aquella noche, después que se acostaron sus padres y cuando comprendió que se habían dormido, ella, que se había metido en la cama sin desnudarse, como hiciera la otra vez, empleó para salir de su habitación las mismas precauciones y encendió la bujía en el comedor para bajar a la tienda. Al llegar a ésta se detuvo sorprendida y quedó deslumbrada.

Todas las luces brillaban en sus respectivos

mecheros. Encima del mostrador estaba la caja de música abierta y tocando un precioso vals. Al compás de éste danzaban los muñecos de cuerda, dando rápidas vueltas o caprichosos saltos; otros hacían gimnasia y algunos cantaban o llevaban el compás, teniendo una pequeña batuta en la mano. Y como mandando en todos ellos vió Isabel a un hombrecillo de larga barba y gorro encarnado, semejante a un muñeco grande que había desde hacía tiempo en la tienda, un sér de carne y hueso que parecía estar satisfechísimo y que era sin duda el que había dado luz, música y movimiento a la tienda.

La niña no se atrevía a avanzar, tenía miedo. ¡Cuánto se acordó entonces de Vicente, de aquel generoso muchacho que hubiera acudido en su auxilio si hubiese estado allí!

El hombre de la barba había visto a la niña y la miraba con severa expresión. De vez en cuando apartaba los ojos de ella para poner en la caja una nueva pieza, y así las fué Isabel oyendo todas, unas tristes y llenas de sentimiento, otras alegres y retozonas, algunas fúnebres y varias de música clásica que la niña no entendía. Y los muñecos hacían los movimientos rápidos o lentos según eran las piezas a cuyo compás bailaban, corrían o andaban pausadamente.

Cuando se extinguió la última nota el hombrecillo avanzó resueltamente hacia Isabel, ella quiso ocultarse y como impulsada por una fuerza superior, tan pronto se creía casi tendida en el suelo como elevada junto al techo; al fin, cansada de luchar y cuando el de la barba la había cogido con fuerza por un brazo, la niña lanzó un grito...

Al abrir los ojos vió junto a su cama a sus padres, cuyos rostros revelaban verdadera inquietud.

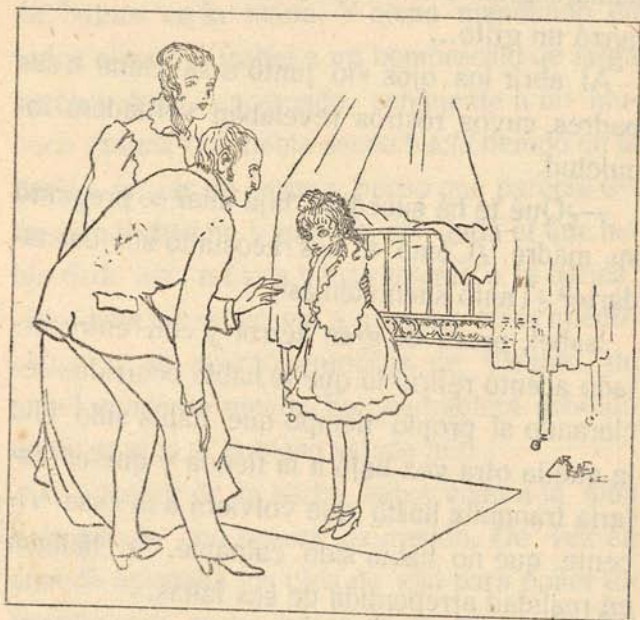
—¿Qué te ha sucedido, hija mía? le preguntó su madre. ¿Cómo te has acostado sin desnudarte? ¿Tanto sueño tenías?

Isabel, presa de gran terror y con entrecortado acento refirió lo que le había ocurrido, declarando al propio tiempo que había sido ella la que la otra vez bajó a la tienda y que no estaría tranquila hasta que volviera a la casa Vicente, que no había sido culpable. Se hallaba en realidad arrepentida de sus faltas.

—Pero, hija mía, le dijo su padre, tú no has podido salir de la casa hoy, porque desde hace tiempo echo la llave todas las noches a la puerta que comunica con la tienda, y la guardo debajo de la almohada. El muñeco grande se vendió hará un mes a una señora que creía firmemente que iba a llevarle la fortuna y la felicidad;

como si un juguete pudiera hacer eso. Mañana oirás las piezas de la caja de música y verás como no son las que crees conocer...

—No, no quiero oirlas, gimió la niña, tengo miedo. Que venga Vicente que es bueno, la mala he sido yo y por eso veo estas cosas.



—¡Pobrecita! exclamó la madre, ¡qué pesadilla ha tenido!

Fué en seguida Marcelo a buscar a Vicente, pero como éste se había colocado en otra parte no quería volver con sus antiguos amos.

Por las noches soñaba Isabel con lo mismo.

Oía desde su alcoba las piezas de música que tenía la caja, pero no intentaba bajar. Y durante el día no quiso ir en mucho tiempo a la tienda.

Todas las cajas se habían vendido, excepto la de las doce piezas que, aunque era buena, resultaba muy cara.

Isabel seguía triste y abatida, llena de zozobra. Nada la calmaba, ni los juguetes nuevos que le daban para distraerla, ni el amor de sus padres.

Marcelo fué de nuevo a buscar a Vicente al que pidió perdón por sus sospechas, y le habló con tanta pena del mal de su hija, confiando sólo en él para la curación, que el muchacho se decidió a volver a la casa del amigo de su padre, y a ocupar su alcoba junto a la tienda.

El primer día que estuvo allí se vendió la caja de música con gran contento de la niña. Ya no volvió ésta a tener pesadillas; se había tranquilizado al verse perdonada por Vicente, que fué desde entonces el más adicto amigo de Isabel, que le tomó un gran cariño y le hizo olvidar en breve lo mal que con él se había portado.

Como su afán de averiguarlo todo le había costado tan caro, la niña dejó de ser curiosa y se contentó con los juguetes que le dieron.

Marcelo no intentó llevar a su tienda más cajas de música, por el temor de que su hija volviese a tener sueños tan extraños como el que le había referido.





El castillo del Ogro

Tito el gigante dijo un día a su hermano el Ogro:

—Tengo que hacer por precisión un viaje y no puedo llevar conmigo a mi hija Azucena. Si me prometes tratarla bien la dejaré contigo. Sé que no eres bueno y que a tu lado pelagra la vida de cualquier sér que se te confíe, pero mi hija es una maga que todo lo sabe y todo lo puede y si no te portas cómo es debido, te dejará encantado para siempre y en la imposibilidad de hacer daño a nadie.

—Márchate tranquilo, contestó con dignidad el Ogro, yo sé distinguir a unas personas de otras y la vida de tu hija será respetada. Es

cierto que, como a todos los de mi clase, me gusta la carne fresca, que son innumerables los niños que he devorado, pero no eran de mi familia, ni los conocía siquiera. Una criatura sana y robusta es el mejor regalo para mí.

Tito, confiado en la promesa de su hermano, se alejó de aquel país, dejando a Azucena en el castillo que habitaba su tío. La maga, que era una bellísima joven, paraba poco en la triste mansión, agradándole recorrer los bosques, que eran muy pintorescos en aquella tierra.

El hermano del gigante no salía apenas, pues tenía a su servicio un criado que le llevaba los niños que encontraba de cualquier clase social y de cualquier edad que fuesen.

Cierta mañana salió Azucena como de costumbre y llegó hasta un riachuelo, para pasar el cual habían construido un sencillo y frágil puente.

A la entrada de éste, sentados en un banco, vió a una niña y a un niño que pedían limosna. Ella era ciega y él cojo.

No eran aquellos desgraciados de la misma familia, pero como ninguno de los dos servía para trabajar, les enviaban juntos en busca de algunas monedas y había días en que llevaban gran cantidad de cuartos a sus respectivas casas.

Al llegar cerca del puente, la maga vió que muchos chicos del pueblo hacían burla de los pobres mendigos. Unos apoyándose en un palo imitaban el modo de andar del lisiado, otros, cerrando los ojos copiaban los movimientos de la ciega y alguno más atrevido, se acercaba a



echar en la bandejilla que la niña tenía en la mano, alguna piedrecita, que ella tomaba por una moneda y que le hacía murmurar:

—Muchas gracias. Ojalá conservéis siempre la vista y la salud.

Con lo cual la turba de chicos se reía con toda su alma y echaba a correr para que el cojo no

pegase a ninguno. Este se levantaba y apoyado en su muleta trataba de perseguir a los muchachos, que corrían más que él, como es consiguiente, y le hacían burla desde lejos.

Azucena se acercó a los infortunados niños y les habló con afecto.

—¿Eres ciega de nacimiento? preguntó a la muchacha.

—No, señora, contestó ella.

—¿Te han llevado a algún médico para saber si te puedes curar?

—Mis padres son muy pobres, y aunque yo pudiese recobrar la vista, no tendrían dinero para pagarlo.

—Y tú, ¿de qué te quedaste cojo? dijo la joven, dirigiéndose al niño.

—Ayudaba a un hermano mío a trabajar en una obra, respondió él, tuve la desgracia de caerme y me quedé como me veis.

—¿Quién intentó curarte?

—Un curandero; mi familia no tenía dinero para otra cosa.

La maga se quedó pensativa y al cabo de un rato prosiguió:

—Mi padre es un gran médico, que actualmente está fuera, pero si queréis venir conmigo, en cuanto esté de regreso os curará, y yo iré haciendo algo para ello, porque poseo alguna ciencia.

—¿Dónde os hemos de seguir? preguntó la niña.

—Al castillo, respondió Azucena.

—¡Al castillo del Ogro! exclamó el muchacho con terror. ¡Los niños que entran allí no vuelven más!

—Fiad en mí, murmuró la joven.

—Parecéis muy buena, dijo la niña, y estoy dispuesta a seguiros.

—Pues, si tú vas, añadió el muchacho, yo no te abandonaré.

—Venid, entonces.

Y al pronunciar estas palabras la maga cogió de la mano a la pobre ciega, yendo muy despacio para que el cojo no se cansase al seguirlas.

Los chicos del pueblo empezaron de nuevo sus burlas, pero Azucena no les dijo nada y se dirigió al castillo. Al entrar en él supo que el Ogro estaba en el jardín y llevó a los niños al piso superior, en el que había muy bonitas habitaciones, y les dejó allí encerrados.

Al bajar, recomendó eficazmente a sus doncellas que no dijese a su tío que había llevado a las desgraciadas criaturas, y volvió a salir.

Se dirigió de nuevo al puente.

Los muchachos no se habían alejado, y como ya no veían a la ciega y al cojo y no sabían hacer otra cosa que reirse de las desdichas ajenas,

los unos imitaban en aquel momento a un pobre viejo jorobado que caminaba apoyado en un bastón, otros le insultaban, le tiraban piedras y le causaban todo el daño posible.

Azucena se detuvo delante de los chicos; llevaba una varita de plata en la mano, que había cogido en el castillo. Fijó en ellos una mirada penetrante y les fué señalando uno por uno con la vara.

Los niños se quedaron inmóviles y una expresión extraña se dibujó en sus rostros.

—¡Seguidme! ordenó la joven.

Y uno tras otro todos obedecieron, impulsados por una fuerza superior. Así los llevó hasta el castillo. Ya en éste los introdujo en el piso bajo y una vez que hubo cerrado la puerta, dejó la vara sobre una mesa.

Los chicos se miraron con el mayor asombro y con no poco temor. El encantamiento que les había llevado hasta allí había cesado.

—¿Sabéis dónde estáis? preguntó la maga.

—No, señora, respondieron.

—Estáis en el castillo del Ogro.

Los muchachos lanzaron desesperados gritos; ninguno ignoraba lo que el dueño de aquella mansión hacía con los niños.

—Os he traído aquí porque sois malos, prosiguió Azucena. Las desgracias de vuestros se-

mejantes os causan placer, tenéis un corazón perverso, y esto merece el castigo que os voy a dar. Dormid ahora y veréis como despertáis mañana.

Y los niños, en efecto, se quedaron profundamente dormidos.

Al día siguiente, se hallaron todos echados en anchos divanes. Las ventanas estaban cerradas y no se veían los unos a los otros.

—¡Silvestre! llamó uno de los chicos, ¿estás ahí?

—Ciertamente, le contestó una voz cascada.

—¿Y tú, Colás? ¿Y tú, Raul?

—Sí, sí, todos estamos, respondieron a un tiempo los diez o doce niños que la maga había llevado al castillo del Ogro.

Pero el primero que había hablado, el que sus compañeros llamaban Dionisio Cerril, el más malo de la banda, notaba que sus amigos no le contestaban con aquel acento que él les conocía, sino con otros extraños, de tristeza los unos, con dificultad los otros, como si se viesen abrumados por la edad o por el infortunio.

Dionisio intentó levantarse y no pudo ponerse de pie.

En aquel momento la puerta de la gran sala se abrió y penetró en la estancia la maga.

La habitación se iluminó súbitamente. Las

paredes estaban cubiertas por espejos y no había otros muebles que los divanes en que descansaban los niños. Estos se miraron con espanto en las claras lunas.

Dionisio se había quedado cojo y halló unas muletas al alcance de su mano. Benito y Claudio tenían los cabellos completamente blancos y los rostros llenos de arrugas. Colás y otros estaban ciegos. Raul y Silvestre, jorobados y había tres niños cojos como Dionisio. Todos prorrumpieron en amargas quejas y en triste llanto.

—¿Por qué no os reís los unos de los otros? preguntó la maga.

—¡Para reirnos estamos! exclamó Dionisio.

—Este castigo, les dijo Azucena, lo habéis merecido por burlaros de los desgraciados ciegos, de los cojos y de los ancianos.

—¡Pero nosotros no estamos así por nuestra culpa! replicó Silvestre.

—Ni tampoco la pobre niña que pedía limosna a la entrada del puente, ni el cojo que la acompañaba, ni el viejecito jorobado, estaban así por su voluntad, prosiguió la maga. Os reís de ellos sin pensar que podríais veros lo mismo, y ha llegado el momento de que sufráis lo que ellos para que les tengáis compasión.

—¡Encontrarnos viejos sin haber llegado a ser jóvenes! exclamaban Benito y Claudio.

—¡No poder correr más por el bosque! añadía Dionisio!

—¡No ver más la luz del día! gemían los ciegos!

Y así sucesivamente todos se lamentaban de su triste suerte.

Azucena mandó que les sirvieran el desayuno, pero ninguno de los muchachos quiso comer.

Cuando se alejaron la maga y sus criados, los gritos y las imprecaciones fueron en aumento.

De repente oyeron ruido de pasos que se acercaban a aquella sala. Una respiración fatigosa y una especie de gruñido les indicó que el Ogro se aproximaba a ellos.

—Me parece que hay niños por aquí, dijo con su voz de trueno.

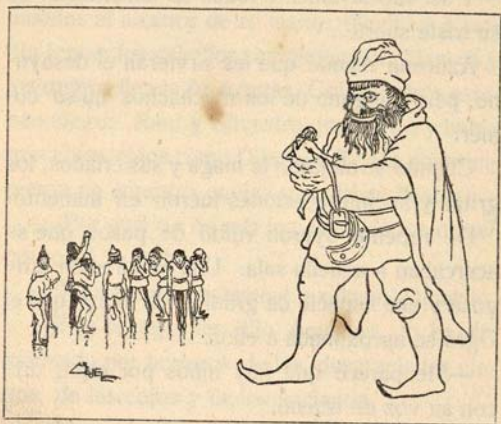
Abrió la puerta y entró.

Los chicos, temblando de miedo, se quedaron mudos de espanto y de asombro.

El Ogro era muy feo, tan feo como malo. Tenía una estatura enorme, una cabeza muy grande, una boca muy apropósito para tragarse a los niños crudos. Contó con visible satisfacción las criaturas que allí había.

—¡Qué banquete tan delicioso! exclamó. Sin duda mi sobrina me ha preparado esta sorpresa ¿Por cual de estos chicuelos empezaré?

Se acercó a Dionisio, le cogió en sus brazos y mientras el niño, medio muerto de miedo, gritaba con todas sus fuerzas, el Ogro siguió hablando así:



—Este es cojo... ¿Por qué habrá sido? ¿Estará delicado...? ¿Y si me lo como y me transmite alguna enfermedad? Le dejaremos para un caso de apuro, cuando no haya otra cosa.

Puso en el suelo a Dionisio y cogió a Colás.

—¡Diablo! Este es ciego. ¿Y si me lo trago y pierdo mi ojo de cíclope, que tanta falta me hace? Tendrá malos humores y puede metérmelos dentro. Estos otros son viejos. ¡Vaya unos

viejos con estatura de niño! Pero estarán duros para digerirlos; a mí no me gustan más que los muchachos, ¡Y estos otros son jorobados! Sin duda Azucena ha robado a estos chicos en un hospital o en un asilo, porque todos están estropeados. Por hoy no me atrevo con ellos, veremos mañana.

Y el Ogro se marchó sin comerse a los niños, como ellos habían temido con razón. Se quedó con hambre y la maga le hizo servir unos platos tan delicados que el Ogro se olvidó aquel día de su manjar predilecto, que era la carne humana.

A la mañana siguiente fué de nuevo a ver a Dionisio y a sus compañeros, causándoles el mayor terror; pero como el Ogro tenía aún menos apetito que la víspera se alejó más pronto. Y aquella noche comió otros selectos manjares preparados por la misma Azucena.

Esta se presentó al otro día a los niños en lugar de su tío.

—Espero, les dijo, que lo que habéis sufrido os servirá de lección. Sed buenos con los pobres, compasivos con los desgraciados, caritativos con todos. Pero no lo hagáis por miedo al castigo sino por generosidad del alma, por impulso del corazón.

Y tocándolos uno a uno con su varita de pla

ta los desencantó, dejándolos fuertes, sanos y con vista como antes.

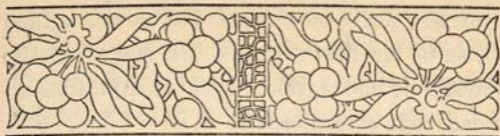
Salieron en confuso tropel del castillo del Ogro, dirigiéndose todos hacia el pueblo en el que sus familias les buscaban con verdadera angustia, creyendo ya que habían sido víctimas del monstruo.

Cuando Tito el gigante volvió al castillo, encontró a su hermano completamente transformado. El Ogro no comía carne humana, estaba más civilizado, hasta se notaban en él algunos rasgos de agudeza.

El padre de la maga completó la curación de la ciegucecita y del cojo, iniciada ya por su hija, y agradecidos los dos niños no se separaron nunca de su bienhechora. Y cuando ella fué una graciosa joven y él un gallardo mozo, Azucena, fué la madrina de su boda.

Vivieron todos en el castillo del Ogro, no visto ya con terror por los niños del pueblo, sino con encanto, porque había en su jardín frondosas alamedas, cristalinas fuentes y bellísimas flores, y las puertas estaban siempre abiertas para todos.

Y cuentan que en aquel lugar ya nunca más volvió a burlarse nadie de sus semejantes, caso bien sorprendente, que se debió al sublime talento de Azucena y a la bondad de su corazón.



Margarita

Cuando Margarita, Eugenio y Emilia quedaron huérfanos de madre, una hermana de su padre se llevó a los tres niños a vivir con ella, para reemplazar en lo posible a la querida muerta que, muy joven aún, había volado hacia un mundo mejor.

El viudo tuvo que ausentarse, por haber sido enviado a Cuba al frente de sus tropas. Mucho sintió separarse de sus hijos, pero sabía que los dejaba en buenas manos.

No creyéndose Rita, que así se llamaba la tía de los niños, con fuerzas suficientes para encargarse de la educación de sus sobrinos, envió a las dos niñas a un colegio de monjas y al niño al mejor centro de enseñanza de la población. Todos eran inteligentes y aprendían bien sus lecciones, pero sus caracteres eran



muy distintos y no siempre fueron del agrado de su tía los dos menores. La mayor era un modelo de abnegación, buena, sumisa, toda caridad, toda complacencia.

El segundo era pendenciero y un tanto egoísta. La tercera, muy aficionada a lucir, a vestir bien, a llamar la atención por bonita y elegante.

Visto esto por Rita, comprendió que era mejor que vigilase y estudiase de cerca a sus sobrinos y decidió tomarles profesores que fueran a su casa para dirigir ella más fácilmente su educación. Lo que sobre todo lamentaba, era que los hermanos pequeños no se querían tanto como ella deseaba. Margarita sí era cariñosa con los dos menores, pero éstos no la pagaban como merecía. Siempre dirigían a Rita quejas contra su hermana mayor.

—Tía, le dijo Emilia una mañana, usted está a cada paso echándonos a Eugenio y a mí en cara nuestros defectos, que después de todo son propios de niños y no tienen importancia. ¿Pero, quiere que le diga cuál es el pecado mayor de nuestra hermana?

—Veamos.

—La avaricia.

—¿Qué estás diciendo, chiquilla? Eso es una calumnia.

—Es la verdad, tía, la verdad; ya sabe usted

que el dinero que nos manda nuestro padre lo guardamos en una caja de madera cada uno. Cuando tengo reunida una cantidad regular, usted la abre con la llave que tiene en su poder, saca el dinero y, según lo que hay, me compro un vestido, una alhaja, un lazo o un juguete. Como usted quiere que las dos hermanas nos vistamos lo mismo, le digo a Margarita que se compre algo igual a lo mío y siempre me contesta que no guarda el dinero para eso. Así es que ella debe de tener llena su caja, mientras la mía está vacía. Hace poco le dijo Eugenio que compráramos entre los tres un juguete, que es muy bonito, un tren que anda solo dándole cuerda y le respondió que no nos entregaba ni una peseta porque no le divertía jugar. De modo que no quiere gastar en nada, y guarda su caja donde no la veamos siquiera, por el solo placer de reunir muchas monedas, mirarlas a solas y...

—¿Cómo ha de hacer eso si no tiene la llave? interrumpió Rita.

—Ella me ha dicho que viene la de la cajita de papel de escribir que le ha regalado usted.

—Bueno, ya averiguaré si eso es cierto. Entre tanto dejad en paz a vuestra hermana, que no se mete nunca con vosotros y sale constantemente a vuestra defensa cuando sois malos.

—Eugenio está siempre peleando con ella, prosiguió Emilia, y nada, por más que hace, la riñe, le pega, Margarita se contenta con mirarle muy triste y no se le ocurre darle ni un cachete. Yo en cambio lo hago en cuanto se enfada conmigo, pero como él no es manco, me lo devuelve al instante.

—Es muy feo que los niños se peguen.

—Más feo es el dejarse pegar. El es mayor que yo y hombre, así es que no quiero que me domine.

Todo el empeño de los dos hermanos menores era saber dónde guardaba Margarita su dinero, pero no habían logrado encontrarlo. Una tarde que salió con Rita, los dos niños decidieron quedarse en casa para buscar la caja despacio y tan buena maña se dieron que al fin la hallaron en un cajón secreto de un mueble antiguo que la hermana mayor tenía en su cuarto. No pesaba nada y al moverla no sonaba ninguna moneda en su interior. Debía de contener papeles.

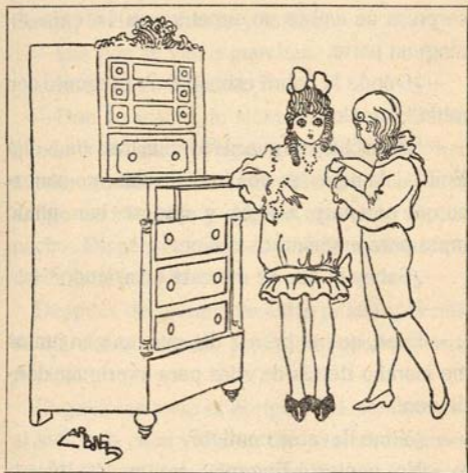
—¡Tiene el dinero en billetes de banco!, exclamó Eugenio; así abulta menos y vale más. ¿Quieres que lo saquemos?

—¿Cómo?

—Con la llave que sirve para abrir la caja, respondió el niño.

Todo lo revolviéron, pero al encontrar al fin la del papel de escribir se sorprendieron al verla cerrada y sin la llavecita puesta.

—Pues se la rompo ahora mismo, dijo el ni-



ño, aunque sea con un hacha si no puedo de otro modo.

En aquel instante llamaron a la puerta y los dos hermanos guardaron precipitadamente los objetos que habían sacado para encontrar el dinero, que eran muchos.

Margarita entró en su habitación y compren-

dió lo que había sucedido. A pesar de eso no dijo nada a los niños.

Estos no desistían de su intento y pocos días después, que también se quedaron en la casa solos, se repitió la escena, pero con gran sorpresa de ambos no encontraron la caja en ninguna parte.

—¿Dónde la habrá escondido?, preguntó con rabia Eugenio.

—Se la habrá guardado nuestra tía, dijo Emilia. Aunque las dos lo disimulan, yo conozco que son muy amigas y que se han unido tanto para engañarnos mejor.

—¿Sabes lo que se me está ocurriendo?

—No.

—Pues, que el primer día que salgan juntas me marchó detrás de ellas para averiguar dónde van.

—¿Y me llevarás contigo?

—No, contestó Eugenio; yo me podré esconder más fácilmente que tú; pero descuida, ya te contaré después todo lo que haya hecho.

—Saldrán como siempre, que parecen dos pordioseras. A mí me da vergüenza acompañarlas.

La idea de seguir a su tía y a su hermana no se apartó de la imaginación del niño ni un mo-

mento, pero durante algunos días, como si hubiesen adivinado su intento, no salieron ellas a la calle.

Una tarde, mientras Eugenio daba su lección con el maestro, entró en la sala de estudio Emilia, le llamó aparte y le dijo:

—Las dos se van a marchar.

Y se alejó en seguida.

—Don Leocadio, lo siento mucho, pero no puedo continuar por hoy trabajando. Mi hermanita acaba de decirme que ha venido un amigo de mi padre y que me espera en el despacho. Dispéñseme usted, y hasta mañana, que daré doble lección.

Después de pronunciar estas palabras el niño se marchó corriendo, dejando al profesor estupefacto.

Eugenio se puso el abrigo y el sombrero y al salir a la calle vió a su tía y a su hermana que doblaban la esquina. Las siguió a alguna distancia y las vió entrar en una casa muy grande, vieja y fea. Llegó al portal, donde un zapatero echaba medias suelas a unas botas.

—¿Es usted el portero? preguntó el niño.

—Si, joven, respondió el hombre. ¿Qué se ofrece para servirle?

—¿Conoce usted a una señora y a una niña que acaban de entrar?

—Las conozco de vista porque vienen aquí mucho.

—¿Y a qué?

—A nada malo, señorito. En este edificio tan destartalado y tan feo no vive más que gente pobre. No de esa que pide por las calles, sino de la que se deja morir de hambre mejor que molestar al transeunte. Muchas señoritas vienen a socorrer a estos infelices, entre los que nos encontramos mi familia y yo. Y no nos dan dinero, sino comestibles y ropas. En esta misma calle se vende de todo eso y las buenas almas nos envían cuanto necesitamos, porque o no encuentran trabajo o están inútiles para él los que en esta casa se albergan. Estas botas que estoy arreglando son de un vecino y me pagará la compostura alguna de las damas protectoras. Créame usted, aquí no se respira más que santidad. Que Dios bendiga a las que alivian nuestra miseria.

Quedóse Eugenio maravillado al oír esto; se despidió del zapatero afablemente y se volvió a su casa, para contar a Emilia cuanto le había ocurrido.

Cuando volvieron Rita y su sobrina mayor, a las que el portero había enterado de su conversación con un niño, en el que era muy fácil adivinar a Eugenio, advirtieron el cambio que

se había operado en éste y en su hermana, y no dudaron que sería favorable para ellos.

El muchacho no pudo resistir al deseo de referir lo que había hecho y su propósito de unirse a las dos en tan piadosa obra.

—No me compraré más juguetes y daré el dinero para los necesitados, les dijo.

—Ni yo más trajes que los precisos, añadió Emilia.

—Tú, Eugenio, empezó su tía, tendrás me-



nos juguetes que ahora; gastarás en ellos la mitad, el resto será para los pobres. Tú, prosiguió dirigiéndose a la niña, vestirás con sencillez, lo que será más propio de tu edad. Y los

dos vendréis algún día a visitar a nuestros pobres, encontrando la compensación a vuestra obra en la alegría y el agradecimiento de esos desgraciados.

—¡Y nosotros que creíamos que Margarita guardaba por avaricia el dinero! exclamó Emilia. ¡Perdónanos!

La mayor de los hermanos besó a los dos pequeños y luego les mostró su caja vacía diciendo:

—Así está siempre.

—Ahora voy a daros una grata noticia, profirió Rita; vuestro padre llegará de América pronto, según me escribe, y no se separará de vosotros más.

—¡Qué deseos tenemos de verle!, exclamó Margarita interpretando el pensamiento de los tres.

—Sí, muchos, dijo Eugenio. Quiero que sepa en cuanto llegue que reconocemos que nuestra tía y nuestra hermana mayor son dos santas y que valen más que Emilia y que yo. Pero que los dos estamos ya dispuestos a seguir su ejemplo en lo posible.





El príncipe perfecto

Cuento fantástico

*A mis sobrinas María y
Emma Asensi y González*

Pues, señor, hubo una vez un rey que tenía dos hijos. El rey era muy viejo, pero conservaba el cuerpo sano y ágil y la inteligencia viva y clara. No quería abdicar, a pesar de sus muchos años, porque preveía que en cuanto fuese proclamado como heredero suyo el mayor de los príncipes, estallarían en sus estados una sangrienta guerra. El pueblo estaba dividido en dos bandos; unos querían a Maximiliano, el primogénito del rey, otros al segundo, Jaime; había partidarios de la monarquía por derecho y de la monarquía por elección.

Los hermanos, que habían estado muy unidos durante su infancia y al principio de su juventud, no se veían apenas desde que habían contraído matrimonio. Maximiliano se había casado por amor con una bella dama de la corte sin título nobiliario ni bienes de fortuna; Jaime, con una princesa tan ambiciosa como altiva. El primero era padre de un niño, el príncipe Edgardo, y de una niña, la princesa Ángela. El segundo, tenía un hijo al que los cortesanos no habían vuelto a ver desde el día en que nació. Corrían respecto a él las más contradictorias noticias; unos decían que era un prodigio de hermosura, otros que se distinguía por su precoz inteligencia y no faltó quien murmurase en voz baja que el príncipe, que llevaba el nombre de Gastón, era un monstruo que inspiraba tanto horror como lástima. Los unos aseguraban que era fuerte y robusto, los otros que carecía de salud y que moriría pronto.

Su madre explicaba la razón porque tenía tan escondido al niño, de este modo:

—Un nigromántico me ha dicho que hasta que mi hijo cumpla doce años correrá graves peligros, y para sustraerle a ellos le tengo oculto; no quiero que nadie le conozca. Solo le vemos mi esposo y yo, sin contar algunos servidores de los que en absoluto nos podemos

fiar. El día que conozcáis a mi hijo quedaréis deslumbrados; es una criatura perfecta, bella como el sol, por lo que le llamamos Febo. Su inteligencia es maravillosa, su bondad extremada, su valor inaudito, su memoria prodigiosa y los estudios que ha hecho son asombrosos. Ya le veréis, y él será el heredero de su abuelo, porque no habrá ningún príncipe que se le pueda comparar.

La esposa de Jaime trabajaba sin descanso para destronar algún día a su cuñado y a los hijos de éste, y a fuerza de intrigas iba logrando que aquel príncipe desconocido tuviese numerosos partidarios.

Edgardo y Ángela eran dos niños encantadores y el pueblo les hubiera amado mucho si su tía no hubiese hecho creer que Febo era muy superior a ellos.

Una noche en que todo dormía en la ciudad, un hombre envuelto en amplia capa y con el sombrero calado hasta los ojos para ocultar mejor su semblante, fué introducido sigilosamente por un criado de la princesa Leonor, que así se llamaba la esposa de Jaime, en el palacio donde éste residía.

Le hizo pasar el servidor a las habitaciones de la princesa, que esperaba impaciente. Al ver a la dama el desconocido, se quitó la capa y

el sombrero, dejando al descubierto su rostro. Representaba unos cuarenta años y tenía una fisonomía repulsiva y extraña. Iba vestido con un largo ropaje de color rojo y llevaba en sus manos una caja que contenía varios frascos con rótulos escritos en ignorado idioma. Era el hombre aquel un nigromántico, célebre en todo



el reino por los encantamientos que había realizado.

La princesa le hizo sentar y le habló así:

—Ya sabéis, puesto que para vuestra ciencia no hay nada oculto, que yo tengo un hijo que es necesario que sea hermoso, inteligente, bravo, perfecto en fin. Si lográis esto, os daré una

fortuna, os proporcionaré la más alta dignidad en la nación después de la nuestra y una petición que hagáis será para todos una orden. ¿Aceptáis?

—Veamos lo primero al niño, dijo el sabio.

La princesa le guió a la alcoba inmediata y con profunda pena le enseñó a su hijo, que estaba acostado en un magnífico lecho. El nigromántico vió una criatura monstruosa, un montón de carne y huesos, que ni sentía ni pensaba.

—¿Qué edad tiene? preguntó.

—Ocho años, contestó la princesa.

—Mucho habrá que trabajar para que se logre vuestro deseo. Será preciso encantar a doce niños, por lo menos, para hacer de esa masa informe un sér perfecto. Ved la manera de traer aquí criaturas que sobresalgan en algo.

—El príncipe Edgardo tiene una memoria prodigiosa, dijo Leonor.

—Yo la haré pasar a vuestro hijo.

—La princesita Ángela es bellísima.

—Esa belleza será para ese niño que duerme ahí.

—Conozco a un muchacho que se distingue por el valor, impropio de sus años, a otro por el talento, a una niña por la bondad...

—Traedlos aquí un día, interrumpió el nigromántico, y esas cualidades pasarán a vuestro

hijo. El príncipe Febo será un prodigio que asombrará al mundo entero. Dentro de tres años estará hecha la singular transformación, que vos iréis viendo poco a poco. El príncipe quedará por ahora aletargado, pero por el cambio que iréis advirtiendo en su cuerpo, comprenderéis la más importante variación, que será la de su espíritu. ¡Qué evolución tan hermosa voy a verificar en él! Ocultad a vuestro hijo durante esos tres años que luego podréis mostrarle con orgullo ante toda la nación.

La entrevista entre la dama y el nigromántico se prolongó hasta una hora muy avanzada y por último convinieron en que él se quedaría a vivir en el palacio durante aquel tiempo y que trasladaría allí su laboratorio.

Desde entonces Leonor cambió de modo de ser; se reconcilió con el príncipe Maximiliano y con la princesa su esposa; se mostró respetuosa con el rey su suegro; cariñosísima y complaciente con Edgardo y Ángela, y con su talento y su osadía logró engañar a todos, a la real familia y a los cortesanos.

Nadie desconfiaba ya de ella cuando dió una soberbia fiesta en su palacio, a la que asistieron los dos niños príncipes y sus padres.

La concurrencia era muy numerosa, viéndose allí lo más ilustre de la corte por la nobleza,

por las letras y por las artes. Gran número de niños habían acudido también, porque la fiesta era entretenida y a propósito para la infancia. Hubo representación teatral, cantantes que lucieron dotes excepcionales, juegos de manos, y se anunció para lo último una colección de cuadros disolventes y de preciosas vistas.

—No asustarse, señores, dijo el nigromántico, que convenientemente disfrazado, dirigía la fiesta; la sala va a quedarse a obscuras para el mayor lucimiento de esta parte de la función.

Y en efecto, todas las lámparas se apagaron. Los cuadros y las vistas eran de lo más bonito y gracioso que pudiera haber y los niños gritaban de júbilo y aplaudían con entusiasmo. Estaban colocados en las primeras filas de doce en doce, y a la de delante se dirigió el nigromántico, pronunciando palabras cabalísticas y echando sobre las inocentes cabezas algunas gotas de diversos líquidos. Llevaba los frascos en su caja y a cada una de las criaturas la iba encantando de diferente modo. Los doce niños se quedaron dormidos; entre ellos estaban Edgardo y Ángela.

Como la función resultó muy larga, no fueron únicamente los niños de la primera fila los que se durmieron, sino otros muchos, a los que al cabo aburrió tanta vista y tanto cuadro, con-

tribuyendo a ello no poco la obscuridad del salón. Al fin volvió éste a iluminarse y todos los concurrentes se levantaron al dar el ejemplo Maximiliano y su esposa. A nadie extrañó que los niños se hubiesen dormido; los cogieron en brazos sin despertarles y les llevaron a sus coches respectivos.

Los invitados salieron muy complacidos de la fiesta, de la que prometieron guardar eterno y gratísimo recuerdo.

Al principio nadie notó el encantamiento de los niños; el cambio había de operarse muy lentamente y era imposible que se sospechase lo que el nigromántico había hecho durante la fiesta.

Poco a poco advirtieron Maximiliano y la princesa su esposa que Edgardo iba perdiendo la memoria, pero ¡hay tantos niños que son un prodigio en sus primeros años y que no pasan de ser una medianía después! El príncipe aprendía sus lecciones y a la media hora las tenía olvidadas.

—Le hemos hecho estudiar muy pronto, decía su madre, el pobre niño está cansado, cansado en demasía.

Tampoco notaban que Ángela iba perdiendo en belleza; veían que el rostro de la niña había cambiado de expresión y nada más. Los cortesanos sí decían:

—¡Qué fea se ha puesto la princesita! ¡Qué lástima de criatura!

En cuanto a los demás niños sólo en sus casas sabían que el uno se había vuelto cobarde, el otro tonto, la otra mala, alguno imprudente, y el que más y el que menos de los padres callaba a sus conocidos los defectos de sus hijos que antes se habían distinguido por alguna cualidad hermosa.

El anciano rey estaba cada día más triste y más preocupado.

Poco le importaba la falta de belleza de su nieta; Ángela valía mucho aunque no fuera hermosa; pero sí le inquietaba que su nieto careciese tan en absoluto de memoria, cosa muy mala para un futuro soberano.

Había días en que Edgardo no se acordaba de quién era ni de cómo se llamaba. Ya veía el triste monarca su trono ocupado, después de la muerte de su hijo, por algún usurpador.

¿Quién había de querer por amo y señor a un sér tan desmemoriado?

De su otro nieto, de Gastón, apenas se acordaba. Le habían dicho que estaba viajando con su preceptor y algunos servidores.

Así pasó lentamente el tiempo y tres años después de verificarse la fiesta en el palacio de Jaime, la esposa de éste, Leonor, citó a los que